

Carsten  
Henn

EL PANADERO  
QUE HORNEABA  
HISTORIAS

*Traducción de:*

ELENA ABÓS ÁLVAREZ-BUIZA



MAEVA

# 1

## La corteza

«¿CUÁNTO TIEMPO SE puede seguir bailando cuando la música ha dejado de sonar?»

Esa era la pregunta que atormentaba a alguien que estaba sentado en el patio de butacas del auditorio de la ciudad. La sala de conciertos era como un joyero adornado con dorados y florituras, estucados y cenefas. Todo parecía indicar que el tiempo no contaba en aquel lugar, que el año, mes y día en el que se encontraban carecían de importancia.

Pero el tiempo seguía transcurriendo, y eso era parte del problema.

Sofie Eichner ocupaba el asiento treinta y cuatro, en la fila cinco. Pese a tratarse de una cómoda butaca, tenía la sensación de estar cayendo al vacío. Como una escena de película en la que alguien se desploma de espaldas y se hunde en una cama mullida, siempre a cámara lenta. Así se sentía ella en ese instante: desmoronándose poco a poco, a cámara lenta.

Hacía más de tres meses que la música había dejado de sonar para ella. Una lesión había arrancado de cuajo la aguja del disco de vinilo de su carrera. El director artístico aprovechó la ocasión para deshacerse de ella. Hacía tiempo que le había echado el ojo a su sucesora, una estrella emergente con

la que había contado como bailarina invitada siempre que había podido. Y que, casualmente, era el tipo de mujer que le gustaba. Irina Nijinsky. Incluso el nombre tenía ritmo de baile: dos pasos decididos con la espalda erguida seguidos de un suave avance con un *pas chassé*, y al final un instante de mudo asombro. La nueva *prima ballerina* parecía estar hecha solo de aire, a juzgar por cómo flotaba sobre el escenario.

«Tal vez Irina fue una hoja en alguna vida anterior», pensó Sofie. Una inocente hoja de arce que en otoño se tornaba amarilla y después roja, sin cargar con ningún tipo de culpa. Y como recompensa a esa vida etérea, ahora estaba aquí. Le había tocado el premio gordo en la lotería del karma.

Después de la lesión de Sofie, Irina no insistió lo más mínimo en que le concedieran una segunda oportunidad.

Al contrario.

Cruzó sin dudarla aquella puerta que se le abría.

Por eso Irina estaba en el escenario, mientras ella y su marido Florian ocupaban los mejores asientos de la sala —el lugar de honor!—, obligados a escuchar cómo aquella música maravillosa sonaba para otra. Desde su butaca podía admirar todo lo que ocurría sobre el escenario, el sonido procedente del foso de la orquesta le llegaba nítido y poderoso. Era insoportable.

Para colmo, en lo que parecía una burla cruel, la compañía interpretaba *La bella durmiente*, el famoso *ballet* de Chaikovski. Su obra. No había otra que hubiera bailado tanto, ningún otro papel por el que hubiera recibido tantos elogios. Encarnaba a la perfección aquel personaje, según había dicho la prensa.

Irina inició un *grand jeté*, el difícil salto en el que las piernas forman una línea horizontal en el aire. La bailarina se eleva con un pie y aterriza suavemente sobre el otro. El *grand jeté*

era la especialidad de Sofie. Nadie elevaba las piernas de forma más elegante, enérgica y exacta que ella, nadie se sostenía en el aire más tiempo. En el vestíbulo del auditorio todavía se la veía ejecutando ese salto, retratada en el aire en una gran foto de dos metros por tres.

El público contuvo la respiración.

Sofie sintió que era incapaz de respirar, el aire se bloqueaba en su interior. Los pulmones se le endurecieron como si fueran de piedra.

Se puso de pie.

Todas las miradas se clavaron en ella como atraídas por un imán. Se volvió hacia la izquierda y fue avanzando de lado entre las rodillas de los espectadores y el respaldo de la fila de delante. Allí estaban sentados la señora Malewski, el señor Stromer y su esposa Adelheid, la señora Schneiderling y el señor Barberi. Los que mandaban en el patronato. Ocupaban esos asientos desde siempre y no renunciarían a ellos ni bajo amenaza de muerte, hasta que llegara el día en que los legaran pacíficamente a sus descendientes.

Dos de ellos, contrariados, giraron las rodillas hacia un lado —Adelheid Stromer y la señora Schneiderling—, otros dos se inclinaron hacia adelante, para dificultarle el paso como protesta por la molestia —el señor Stromer y la señora Malewski—. El señor Barbieri no se movió lo más mínimo, como si Sofie no estuviera pasando, se negó a ser importunado y continuó con la vista al frente mirando a través de ella, con la esperanza de que el resto del público lo admirase por su comportamiento estoico.

Sofie ofreció una sonrisa a modo de disculpa. No tenía fuerzas para ello, pero cualquier bailarina profesional sabe sonreír incluso cuando el cuerpo grita de dolor. Sonreír no es más que contraer algunos músculos. No es un sentimiento.

Repitió una y otra vez «perdón» hasta que se convirtió en un mantra dirigido no al resto de espectadores, sino a sí misma. «Perdón, Sofie, por haberte decepcionado.» También se disculpaba con todos los que estaban sobre el escenario. Sabía lo horrible que es para los bailarines que un espectador se levante en plena función. Además de perturbar su concentración, provoca la pregunta involuntaria de qué habrán hecho mal. Si eso ocurría en un estreno, como ese día, había que añadir el temor a que la coreografía no fuera buena y otras personas abandonaran la sala.

Sofie se puso más nerviosa aún, notaba las numerosas miradas como agujas clavadas en la piel, los movimientos de cabeza, ceños fruncidos, chasquidos. Seguía sin poder respirar, los pulmones le ardían.

Ya no sonreía. Bajó la cabeza para evitar encontrarse con aquellas miradas. Su melena, que cuando era niña había sido de un rubio pajizo y ahora era de color castaño, le ocultaba la cara como un telón. Solo veía los pies y las rodillas de los espectadores de su fila. La pesada puerta de dos hojas que se abría hacia el vestíbulo parecía estar lejísimos. Se tambaleó. Casi deseó caerse.

Quería llegar a la salida lo más rápido posible. Pero sin correr. Tan deprisa como se lo permitiera su ajustado vestido de noche, largo y dorado.

Un destello. Y otro. Le estaban haciendo fotos. Varios *flashes* más. Una vez traspasada la barrera de la decencia, ya nada tenía importancia. De nuevo destellos, cada vez más cercanos.

Y después un estruendo. El público se quedó sin aliento.

Sofie se volvió y vio a Irina en el suelo. Debía de haberse caído, aunque la joven no se caía nunca.

Apretó los labios con tanta fuerza que se le entumecieron.

Y después salió por la puerta. Abandonó la oscuridad de la sala hacia el resplandor del vestíbulo casi desierto y bajó los párpados sin dejar de avanzar a través de las baldosas encera-  
das hacia la plaza Münsterplatz, con los adoquines resbaladizos por la llovizna, como si los acabaran de embadurnar con jabón.

Solo cuando se encontró sobre aquel pavimento irregular pudo volver a respirar.

Miró hacia atrás.

Florian no la había seguido.

Bastó con un instante para tomar la decisión. Marcharse. A casa. La sensación de alivio aumentaba a medida que se alejaba del auditorio. Le sentó bien el ambiente de la ciudad. Gente que no bailaba, sino que se apresuraba bajo la lluvia en aquella tarde fresca de abril. Muchos caminaban encorvados, como si así les fueran a caer menos gotas, a pesar de que aquella postura los exponía aún más al chaparrón.

La lluvia fría desprendió el manto de calor del teatro de los hombros desnudos de Sofie. La tela delicada del vestido de fiesta se empapó enseguida, su drapeado perfecto perdió toda su elegancia.

Avanzaba con la vista fija en los relucientes adoquines para no tropezar. Cada uno era distinto, pero encajaban a la perfección para formar un conjunto coherente. Ninguno se preguntaba si aquel era su lugar correcto en el mundo.

Iba tan concentrada observando los adoquines que, al llegar al extremo situado al oeste de la plaza, se chocó con un hombre mayor.

—¡Lo siento! Disculpe usted mi falta de atención, por favor. ¿Se ha hecho daño? —le preguntó al señor, tendido en el suelo, mientras le ofrecía la mano.

—A los libros no les ha pasado nada —respondió este después de examinar su mochila con evidente alivio. El hombre

vestía un pantalón de peto verde oliva, del mismo color que una chaqueta que le quedaba demasiado grande, y un gorro de pescador.

—Me refiero a usted, ¿se encuentra bien? —quiso saber Sofie.

—A mi edad el problema no es caerse, sino levantarse —dijo con un brillo burlón en la mirada.

Lo ayudó a incorporarse y le limpió el traje con la mano.

—Lo siento muchísimo, de verdad. Andaba perdida en mis pensamientos.

—Me he dado cuenta. Se la veía tan absorta como si estuviera leyendo un libro.

Ella negó con la cabeza.

—Estaba concentrada en los adoquines. —Sofie titubeó—. La verdad es que pensaba en mi vida.

—A veces siento bien pensar en la vida como si fuera un libro, y preguntarse cómo continuar la historia. Eso ayuda a darse cuenta de que la persona que sostiene la pluma es uno mismo. —Echó un vistazo a su reloj—. Tengo que continuar, me está esperando mi primer cliente, y no le gusta nada esperar.

Se colocó la mochila y el sombrero meticulosamente.

—De nuevo, mil disculpas —dijo Sofie—. Esto no es propio de mí.

—No se preocupe. Iré un poco más rápido y el mundo volverá a su sitio. —La miró y le dedicó una sonrisa—. Parece usted una mujer muy amable. Por eso le deseo de corazón que tenga mucha suerte en su vida.

Y con una inclinación de cabeza a modo de despedida, dio media vuelta y se marchó a buen paso en dirección a la catedral.

Sofie miró a su alrededor para orientarse y se fijó en una niña pequeña, con el pelo oscuro y rizado, asomada a la

ventana. La niña seguía con la vista al señor mayor, que en aquel momento doblaba la esquina. Aquella pequeña tenía toda su vida ante sí.

Sin embargo, la pequeña bailarina que Sofie llevaba dentro no veía en su horizonte nada que mereciera la pena.

EL TRANVÍA 18 se dirigía hacia las afueras de la ciudad. A lo largo del trayecto, los edificios se iban volviendo cada vez más escasos y los campos de cereales, patatas y flores dominaban el paisaje. El temperamental abril detuvo entonces la lluvia y permitió que un sol color yema ocupara el atardecer. Bajo su cálida luz, el panorama parecía un oasis de paz, algo que no cuadraba con los sentimientos de Sofie. Las vías trazaron una curva y la ciudad volvió a aparecer en la distancia, su silueta recortada contra el cielo de la tarde. En el centro, como una perla oscura dentro de su concha, se encontraba el auditorio.

Sofie apartó la vista y se pellizcó el vestido empapado y frío para separarlo de la piel. Después apretó el bolso de mano contra el cuerpo, a modo de escudo.

Cuando el tranvía se detuvo en la estación, bajó al andén. Era la única pasajera solitaria bajo la luz neón de una única farola. En ese momento, supo de forma definitiva que nunca volvería a bailar.

Se vio reflejada en los cristales de los vagones que se marchaban. Los ojos, un poco demasiado separados; los pómulos, faltos de definición. No era una belleza clásica, nunca lo había sido. De niña, su cuerpo había sido desgarrado y poco elegante. A veces le parecía que el cuello era demasiado corto, otras que los brazos eran demasiado largos; en ocasiones, que su trasero era demasiado ancho y la nariz demasiado afilada.

Pero, al llegar a la edad adulta, cuando el cuerpo terminó de estirarse y expandirse, resultó que sus medidas estaban predestinadas para la danza. Y al bailar se había sentido hermosa por primera vez, había encontrado su lugar en el mundo. Bailando era ella misma.

El tranvía desapareció en la oscuridad y Sofie se quedó parada frente al pueblo silencioso. Era una de esas poblaciones que parecían haberse fundado al azar. No había río ni colina ni valle fértil. Aquel pedazo de tierra era igual que todos los de alrededor. Se podría haber trasladado el pueblo a diez o veinte kilómetros en cualquier dirección sin que eso hubiera supuesto ninguna diferencia.

Era conocido como «el pueblo de los pensamientos», porque en los viveros de la zona se cultivaban desde hacía años las flores para los cementerios de la ciudad. Había tres grandes empresas dedicadas a ello, cada una con su floristería. Entre ellas, sin embargo, existía una relación bastante espinosa.

Sus habitantes estaban orgullosos de sus orígenes romanos, que atestiguaban los restos de un muro situados en el único cruce con semáforo de la localidad, bajo la protección de un tejadillo y una valla. Un director de escuela jubilado llevaba años intentando demostrar que eran los restos de la villa de un rico comerciante romano, si bien todo hacía suponer que, en realidad, habían formado parte de un establo.

Sofie pasó por delante de la torre de la iglesia, la construcción más alta del pueblo. Allí anidaban lechuzas. A los niños del jardín de infancia les gustaba pintar su cara en forma de corazón con los ojillos negros. No había escuela primaria, la más cercana estaba en el pueblo de al lado.

Los escasos comercios, aparte de las floristerías, se encontraban en la calle principal. Sofie caminó a oscuras por delante

de los escaparates. Primero por la panadería Johannes Pape e hijo, después por la tiendita donde el granjero Nittles vendía sus propios productos. En el local de la carnicería, que llevaba muchos años vacío, se había instalado hacía poco un restaurante parrilla llamado Brasas & Cenizas. El propietario solía plantarse en la puerta a fumar, mirando calle arriba y abajo, como si así fueran a acudir los clientes. La sucursal del banco y la peluquería habían cerrado; en el local del primero había un cajero automático y una impresora de extractos de cuenta, y para cortarse el pelo había que ir al siguiente pueblo, a la peluquería Un buen corte. Al final de la calle estaba la granja de Mattes, un hombretón de mejillas coloradas. Tenía aspecto de bebé gigantesco y solía chillar igual que uno furioso. El granjero criaba gallinas y gansos, y tenía dos colmenas. A las afueras había un supermercado, sobre cuyos escaparates y aparcamiento gratuito brillaban grandes letras de neón.

El único bar del pueblo era El buey, con pista de bolos, justo al lado de la parada de autobús. Cuando Sofie pasó por delante, la puerta se abrió y expulsó a la calle a un borracho, al tiempo que una música machacona se escapaba del local.

Sofie notó que sus piernas seguían el ritmo y su paso se adaptaba al compás simplón sin poder evitarlo. Se tapó las orejas con fuerza hasta hacerse daño mientras pasaba por delante del cementerio con su pequeña capilla, y solo bajó las manos al doblar la esquina en la calle Beller, donde se encontraba, iluminado por una farola, el edificio en cuyo segundo piso vivía.

Después de abrir la puerta, se dirigió al salón sin quitarse los zapatos, se arrodilló delante de la cómoda y abrió el cajón inferior, del que sacó una cajita atada con un lazo rosa. La abrió con delicadeza y, al contemplar sus primeras zapatillas de *ballet*, le sorprendió que sus pies hubieran sido alguna vez

tan pequeños. Las suelas estaban desgastadas y en la puntera izquierda se distinguían todavía unas gotas de sangre del día que se había excedido con los ejercicios de punta.

Las sacó y las abrazó contra el pecho. ¿Por qué las cosas hermosas y buenas de la vida no podían permanecer para siempre? ¿Por qué debía seguir girando el mundo cuando ya estaba en el lugar adecuado? Ella había alcanzado su sueño infantil. Pero ¿dónde estaban los sueños para los adultos? Sofie se desmoronó y permitió que brotaran las lágrimas durante todo el rato que fue necesario.

Y fue un rato muy muy largo.

TRAS LA SALIDA de su mujer, Florian aguantó sentado en su sitio. Desde la butaca treinta y cinco de la quinta fila contemplaba el escenario sin pestañear, como si estuviera cautivado por lo que sucedía sobre él. Sin mirar ni a derecha ni a izquierda, sin disculparse por el comportamiento de su esposa. Todo era normal, no había de qué preocuparse.

También resistió durante la pausa, la larguísima pausa, en la que intentó sin éxito hablar con Sofie por teléfono, y tuvo que responder a la misma pregunta una y otra vez. Él también era muy conocido porque llevaba muchos años escenificando sus coreografías en el auditorio de la ciudad.

Un ataque brutal de migraña. Esa había sido su versión. Primero pensó en una bajada de tensión, pero entonces Sofie no se habría marchado con tanta rapidez. ¿Náuseas? Habría regresado en cuanto se le hubieran pasado. Se le ocurrió lo de la migraña en el descanso, para salir del paso frente a la primera persona que le preguntó, y luego tuvo que aferrarse a aquella historia, aunque Sofie no hubiera tenido ningún ataque de migraña en su vida.

Ella no le había dicho nada, simplemente se había puesto de pie y se había marchado. Típico, él debía saber siempre qué le pasaba. Sin embargo, se sentía como un pescador que, después de muchos años, seguía sin saber qué ocurría en el mar. De vez en cuando le sonreía la fortuna y pescaba un par de peces plateados. Pero en los últimos tiempos apenas tenía suerte. Ninguna, para ser sinceros.

Durante la segunda parte se sintió aún peor por culpa del espacio que había dejado Sofie. Su asiento no solo estaba vacío, sino abandonado.

Al caer el telón, Florian se sintió obligado a acudir tras las bambalinas para felicitar a la compañía y consolar a la llorosa Irina. La abrazó y ella se apretó contra él, mientras él le acariciaba los finos cabellos.

—A Sofie le hubiera encantado quedarse hasta el final —dijo—. Tenía tantas ganas de brindar con vosotros.

Mentira.

Florian ya contaba con algo así. Desde el fin de su carrera, Sofie parecía una goma elástica con un extremo aún atado al *ballet*, mientras el otro tiraba y se alejaba cada vez más en busca de una nueva vida. Hacía mucho que aguantaba la tensión, era cuestión de tiempo que acabara por romperse.

Pero la supuesta migraña de Sofie lo obligó a abandonar la fiesta a toda prisa, aunque le hubiera gustado continuar hasta la madrugada. Había mucho que celebrar: la coreografía había sido muy innovadora, la compañía, a excepción del percance, había mostrado una forma impresionante, incluso la orquesta había tenido una buena noche, lo que no siempre sucedía. Sobre todo, porque las violas eran conocidas por empinar el codo. Aquel era su mundo, al que todavía pertenecía. La música todavía sonaba para él.

Como el próximo tranvía no llegaría hasta media hora más tarde, llamó a un taxi. El conductor se pasó todo el trayecto hablando sobre el escándalo en el estreno del *ballet*: la antigua *prima ballerina* había abandonado la sala llorando y al salir había golpeado las rodillas de los espectadores de su fila. Las malas noticias viajaban rápido y, al parecer, iban adquiriendo detalles por el camino. Florian se controló y esperó a haber pagado para reaccionar a aquellas sandeces. Y lo hizo a todo volumen:

—¡Si hubiera visto tan solo una vez lo maravillosamente que bailaba mi mujer, cerraría esa odiosa boca! ¡Tenía migraña! ¡Dígaselo a sus colegas y a sus viajeros!

Y cerró la puerta con un fuerte golpe.

Luego miró a la casa en la que esperaba encontrar a Sofie. Habían construido aquel edificio de tres pisos de color crema hacía unos años. Con sus ángulos afilados y el tejado de zinc, parecía un ovni que hubiera aterrizado allí por error. En la planta baja vivían Stephan Mettler, un otorrino con consulta en la ciudad, y su mujer, Sabine. La pareja, de cincuenta y tantos años, había cumplido el sueño del médico: tener un jardín como homenaje a la tierra italiana que nunca habían podido visitar por el miedo que ella sentía a volar. En el primer piso vivía Marie Denka, directora del jardín de infancia Los siete enanitos. Siempre tenía una sonrisa en los labios, incluso cuando salía a bajar la basura. Florian se preguntaba cuál sería su secreto. Ojalá se lo confiara a Sofie. Cuanto antes, mejor.

Conocía a Marie desde la época del colegio. Después perdieron el contacto, pero hacía unos seis meses, cuando Florian y Sofie estaban buscando piso, Marie se enteró por algún conocido común y los ayudó a encontrar su nueva morada.

En el piso superior las persianas estaban levantadas, pero todo permanecía a oscuras. ¿Y si Sofie no había ido a casa? ¿Le habría pasado algo?

¡Era un completo idiota! ¿Cómo había sido capaz de quedarse sentado en el auditorio?

Abrió la puerta del portal y subió corriendo las escaleras. Al entrar en el piso, sin aliento, pulsó a toda prisa el interruptor y llamó a Sofie.

Entonces vio sus zapatos de tacón delante del guardarropa.

Pero eso no fue lo único que vio.

Todas las paredes estaban desnudas.

Donde antes colgaban diversos retratos, ahora solo había cuadrados dibujados por finas líneas de polvo que lo miraban como ojos vacíos. Las fotos enmarcadas de Sofie que la mostraban girando, saltando, moldeando el cuerpo al compás de la música, habían desaparecido. También las de las coreografías de Florian, escenas mágicas compuestas por los cuerpos de los bailarines que irradiaban tanta fuerza que ningún pintor habría podido superarlas. Eran momentos congelados, casi todos en blanco y negro. También algunos dibujos que el mismo Florian había plasmado en papel, ya que siempre pensaba en imágenes en el momento en que se disponía a crear una coreografía. Al contemplar sus bocetos se podía incluso escuchar la música. Cualquiera que pasara junto a aquellas imágenes no podía evitar enderezar la postura y caminar con más atención, como si anduviera en equilibrio sobre una barra estrecha. El paseo entre las habitaciones se convertía en una especie de danza.

Pero ahora no había danza por ningún lado.

Florian encontró los cuadros en el salón, amontonados y cubiertos con sábanas, junto a su amada colección de discos

reunidos durante dos décadas, su diario musical. Los acompañaba la pequeña radio de la cocina con la antena extensible, el primer objeto que habían comprado para su primera vivienda en común.

En el sofá de cuero negro descubrió a Sofie, encogida como un embrión, aún con el resplandeciente vestido de gala. Se había bajado la cremallera de la espalda y la tela se le había deslizado por los brazos.

Fue a buscar un edredón al dormitorio, la tapó con él con delicadeza y le acarició los hombros con un gesto tranquilizador. Era una época muy difícil para ella. El destino le había deparado una nueva vida sin que ella la hubiera pedido. Y no había ninguna opción de recuperar la anterior. El destino no admitía devoluciones.

Por desgracia, en el sofá no había sitio suficiente para abrazarla. Aunque él necesitara su cercanía tanto como ella la de él. Al menos, eso esperaba.

Sofie se giró y le dio la espalda.

Florian se sentó en el sillón de enfrente.

A UNOS TRESCIENTOS metros de distancia, Giacomo Botura se giró en sueños sobre su colchón desvencijado. Aunque era el panadero del pueblo, no soñaba con panecillos y harina, miga y masa, sino con la tierra de su infancia: Calabria. Como en todos los sueños, aquel también tenía un velo de irrealidad, y los recuerdos de las colinas y la costa parecían estar tejidos de aire. Solía soñar con Calabria cuando la familia Nittels colocaba junto a la entrada de su tienda un cesto de fragrantes naranjas para atraer a la clientela. Las naranjas le recordaban a los frutos de la bergamota que solía recolectar con su tía Rosarina.